

ETERNA COMO EL AGUA

Ángel Ravizé



Jarrón Rojo
Cerámica de Mata Ortiz
Colección Particular

Eterna como el Agua. Primera Edición, Septiembre de 2012.
Derechos Reservados, D.F., México
Edición del Autor

Eterna como el Agua	p. 5
El Poeta de la Muerte	10
Aquí se premia	15
El té, García y Morales	29
Corazón en la ventana (Fragmentos de diario)	37

Eterna como el agua.

La nota es porque voy a regalarte el libro. La leerás cuando tengas el libro en la mano. Espero sientas en el pulso, al sostener las letras frente a ti, la tensión de la pluma con que escribo. Disculparás el barroquismo- [¿No es verdad ángel de amor]-; me delato y me excuso antes de recibir de ti esa mirada directa y vacía de los rostros tersos y blanquecinos que emulan la dejadez, sofisticada y ligera, de Paris Hilton.

El libro tiene una historia que lo define, como a la nueva rica de la Película Titanic, de *inaufragable*. Es sobre Julio Cortázar. *La vuelta a Cortázar en nueve ensayos*. Escrito en los años sesentas por estudiosos de las letras argentinas inmersos en la moda sartreana de lo socialmente comprometido.

Lo rescaté de una bolsa de papel del Palacio de Hierro que contenía los restos de lo prescindible en la próxima mudanza de México a España de mi jefa en la oficina. Se jubila. Y retorna a la Madre Patria, no teniendo acá ya nada que la ancle, finalizado el destierro y la vida laboral. Ella no es dada a la lectura. Sus gustos estéticos están marcados por el bagaje que se estila propio de un profesionista exitoso, de clase media alta, globalizado, es decir, para fines prácticos, *lo mínimo*.

El libro fue desalojado de un hermoso librero de recámara tallado en ébano. Según supe, perteneció al ex esposo de la doctora, el cual también era médico, y al parecer nada aficionado a las letras

hispanoamericanas. Probablemente fue obsequio de algún paciente, pues cuenta con una dedicatoria, fechada 16-Ago-71: "Por mitigar mis males no solamente corporales" A.R.

No me atreví a preguntar sobre el origen de este libro y de otro que tomé y retengo para mí. Sé por su secretaría que el divorcio fue por causas de infidelidad. Y hay polvos que es mejor mantener asentados. El otro libro es una edición de 1923, de Cuentos Escogidos de León Tolstoi, editado por la Universidad Nacional de México, aún no Autónoma; y trae una nota en la primera página, difícilmente legible, pero muy interesante, y que escribió alguien que firma Prof. Julio Torri, para el alumno al que se lo regaló, el 12 de Marzo de 1930.

Mira, si es que los libros tienen historia; una historia paralela, a veces secreta. Tienen una historia en el autor, en la época a la que responden, y en sus avatares editoriales; pero tienen otra, más personal diría yo, de los amores y desamores, de las pasiones y los desdenes, que se les impregnan de las manos de quienes los sostienen.

Tengo *La vuelta a Cortázar en nueve ensayos* en mis manos. Y sueño el día en que esté en las tuyas; en que hiera su tierna carne. Sé que no concordará con él. Nada que le arroje un humo extraño sobre el santuario de Cortázar puede serle de agrado. Te diría, continuando con la carta: Lo mirarás como gata vieja a

su gatera nueva; lo olisquearás; resistirá a tus zarpazos iniciáticos. ¡La belleza de los griegos y el afán de novedades se han encarnado en ti Palas Atenea! El Principio de todas las cosas. El *arché*. Te lo diría así, diosa de la Sabiduría y de Industria. Te lo diría con amor, con el mimo de una mascota. Pero no lo soporto. No lo soporto. No soporto el gobierno de todas las cosas. I can't resist this picture. No soporto mi sujeción. Gemela asesina, engendro de Klinger. Razón y Comercio de la carne. ¡Los dioses también se modernizan, Palas Atenea!

Curioso que la gente crea que escribir una carta de amor sea siempre escribir una carta de amor; que la derrota del enemigo es al infinito la derrota del enemigo; que cometer un *lapsus* es siempre cometer un *lapsus*; que la locura de Morel es siempre la locura de Morel [¡Los argentinos, Walt Whitman, los argentinos!/ Turbios de lágrimas]; que ingerir la carne de la amada sea siempre asimilar el sexo de la amada. Hay que matar a Cortázar, porque hay que matar a Borges. Ni siquiera las claves de la emoción pueden disolver la emoción de la escritura.

Me repongo. Aliso el traje de mi cordura. Me dispongo a continuar con la nota; a declarar mi amor; a teorizar sobre los libros; a derramarle la savia de mi alma; pero una figura obscena me persigue, mis palabras convocan la lascivia. Enciendo un cigarro. Lo apago. Mejor enciendo un puro. No fumo; nunca he fumado; pero cuando se escribe se debe tener un cigarro. Todo cuento de Cortázar tiene un proceso de encender una

Gualoise. Ya escribo. Me burlo. Escribo para ella y enciendo un puro. Me burlo. Ella, el puro y yo. Dicen que todos somos iguales, que en general uno no piensa por su cuenta. Yo no escribo por mi cuenta. Ella escribe en mi. Mi amor y mi odio por ella me dirigen. Pero mi amor y mi odio por ella son a cada instante diferentes; de olor, color y tamaño distintos; diferentes a cada rato. Quisiera tener una erección, pero el alma entera se me contrae. El puro se consume. El viento que sopla desde la ventana ha mantenido la combustión; y el recuerdo de mi abuelo me visita. Es un *Te amo*, decía el abuelo. Son de San Andrés. Cuando seas hombre te gustarán y no entenderás por que ahora hacías gestos. Me tomaba en sus brazos, se sentaba, y colocaba mi pecho sobre sus piernas; rascaba mi espalda y con la otra mano sostenía el *Te Amo*. Me cantaba un Himno y fumaba el puro. Así lo llamaba, un Himno. A capela cantaba y fumaba el puro. Intercalaba estrofa e inhalación. Cantaba un canto que expresaba los ideales de bondad del cristianismo pentecostal; recuerdo bien el himno; suelo cantarlo, para mi, en mis adentros. Mi abuelo, el puro y yo, y el viento que soplaba refrescándonos en la tarde. Algún día te llevaré a San Andrés, decía. Yo ahora escribo. Escribo sobre Cortázar; al que nunca he apreciado; escribo por una mujer, escribo sobre una mujer. Quiero que en mi nota aparezca ella, y Cortázar y mi capacidad para escribir. Pero no puedo. No me gusta como va quedando. Retomo y dejo lo escrito. Repaso. No dice lo que quiero decir. ¿Dónde está la audacia? ¿Dónde está la

potencia de la Letra? Quiero amarla en una nota simple, ingenua, de un libro viejo y raro que encontré y tal vez le guste. Es un acercamiento ingenuo y troyano, pero que preñará a Helena de mi sabiduría. Violada y herida en su amor propio. Helena, Cortázar y yo. Y luego, Helena y Yo.

Hay veces en que uno quisiera ser siempre bueno; nunca aparentar, nunca mentir, nunca doblegar. Ser bueno y amar seduciendo. Pero amar es también humillar, invadir la intimidad ajena, contaminar la pureza blanquecina del rostro ajeno. Te quiero, y te tengo que herir para poseer lo que hay debajo de tu piel. Herir tu orgullo, poseerte, como tú ya me has herido. I can't resist this picture/ My blood has roots on you.

Si la describiera, describiría todo lo que ahora amo; me proyectaría; pero sería la proyección de un instante de una larga película que el tiempo enmohece. Dicen que *el amor es como el choque de dos discos compactos*. Eso escriben los grafiteros en esta Gran Ciudad. *La vida es como un pepino*, que hoy tienes en la mano y mañana tienes en el culo. La vida y Palas Atenea. La vida es Palas Atenea. No caeré en la tentación de describirla. Desde Cervantes sabemos que no hay personaje sin descripción física: un gordo y chaparro cabalgando junto a un flaco que mira hacia un molino. Bien dice el maestro Solares que no es el mismo Edipo si tu madre es Madonna que si es Paquita la del Barrio. Pero yo no caeré en la

tentación: hay muchas maneras de chillarle a una Beatriz. Y la mía es un rostro blanquecino, una piel educada por la sabiduría de la gloriosa Facultad de Filosofía y Letras; una voz elocuente que las muchas letras no han vuelto loca; unos ojos altivos que se han extasiado al ver la verdad del saber y la belleza de lo más refinado del arte universal. Pero mi Beatriz también es una Hilton; un no personaje que carga a Dodó, su perra chihuahuena, por toda la flatulenta Facultad. Pobre perra, ella seguro tan acostumbrada a los aromas de Chanel, a la comodidad de su mullido sillón, a comer a sus horas, y allí tiene que aguantar en un rincón, sobre un cobertor polvoriento, las pulgas de los gatos que infestan CU y las largas horas de disertación erudita sobre los Presocráticos o Derrida.

Los críticos literarios creen que una Beatriz es siempre una Beatriz. Pero mi Beatriz tiene otra clase de eternidad; es como el agua: atraviesa las manos, te deja la sensación fresca de haber estado en ti, pero se te escurre, corre, va más allá de ti y de la fuente, es el *arché* de todas las cosas, un río que nunca es el mismo río, pero es río, es agua eternamente. Sí, finalmente, la historia no es más que las entonaciones de unas cuantas metáforas.

En el próximo libro que publicaré quedarán bien explicadas todas estas ideas. La posibilidad de hacer literatura desde la literatura. Ir más allá de Cortázar. Sacar fuerzas de la indignación; levantarse del lodo cenagoso; sacar fuerza de amar a quien no te ama, de

amar quien en realidad odias; y plasmar significativamente lo que tiene de universal lo particular de la miseria. Ustedes podrán leer por qué una Beatriz no siempre es una Beatriz y comprenderán por qué el agua es eterna.

Pero hoy voy a seguir bebiendo esta copa de licor. La vida es una copa de licor/ se acaba si la bebes de un jalón/ e igual se acaba si la bebes lentamente. Luego, tendré que pensar en los pendientes de la oficina, en que el fin de semana es insuficiente para vivir la otra vida que me falta, que en la clase del martes los niños-genios-perversos querrán saber mi particularísima opinión sobre el nuevo libro de Volpi, recién y pomposamente presentado, y el cual no he leído, y allí estará ella, y Dodó, atentas, distantes a mis palabras. ¡Oh, Paris, viste tu máscara!

Retomo la Carta.

Te cuento los aspectos formales del libro. Sólo los enumero, pues; desarrollarlos haría esta nota tediosa...

Dejo la carta. No tengo ánimos de continuar. Será después...Elucubro.

Herir tu fría carne

Herir tu fantasía

Herir tu seno amargo

Herir tu tierna soledad

I can't resist this picture/ My blood has roots on you

My blood has roots on you...

My blood has roots on you...
My blood has roots on you...
My blood has roots on you...
My blood has roots on you...
Cueva Profunda/ Última Fuente/ Descenso al Abismo
Agua Eterna/ Océano Borrascoso/ Hilton-Medusa/
Madre/ Tentadora
Piel de aroma floral, textura talquecina/ Fruta pútrida,
enmohecida en soledad
[Inconclusa...]
[Barrancas de Metztlán/ Brazos al Cielo/ Sábado de
Gloria, 2004]



El Poeta de la Muerte.

Durmiendo al filo del dolor.

A Héctor, desde la perplejidad.

Te lo dije, te-lo-dije. Recuerda que yo te dije que pensaba que esto podría suceder si no había un cambio estratégico. Que nunca llegarías a obtener el apoyo de la comunidad si no dabas muestra de empatía. ¿No ves que te sientes distante? Tu eres justamente lo que ellos no son, lo que desearían ser y no pueden. Rechazan la imagen que no alcanzan. Tenías que haber concedido en sus intuibles demandas; bajarte a su nivel; hablar como ellos; asumir su moral; olvidarte de esas reformas radicales impopulares. A nadie le interesaban los cambios de orden trascendente. ¡Caramba! Bueno, tal vez el próximo año te puedas elegir. Tal vez el próximo año escuches consejos. Indudablemente...

Me gustaba que me reprochara; que me hablara con esa firmeza y seguridad de quien se sabe con experiencia. Me gustaba que se ocupara de mis asuntos. Que hablara y hablara, con coherencia, con incoherencia, con hilaridad, con respeto, con irreverencia, con solidaridad, con distanciamiento. Que hablara y hablara. Elegancia lingüística y refinamiento teórico en alternancia impredecible con las ideas más comunes, simplistas y simplificadoras de los misterios y las realidades que el lego se niega a pensar; y con palabras vulgares, típicas de la deconstrucción social bajo el imperio de la disolución de la diferencia de lo

anterior y lo posterior: dominación, esfínteres, excreciones. Un remolino actitudinal, múltiples procesos verbales por el influjo de algún extraño atractor matemático, de una lógica antigua, de un rito cúllico del pasado.

Estar junto a él era convivir con la novedad, con lo exótico, con lo bello, con lo grotesco. Los contrastes nunca faltaban. Al comer como al hablar siempre debes buscar el contraste, aseguraba. Era importante. No debo decir era; lo es. Hoy ya no está, y sin embargo, sigue estando. Tal vez haya cambiado, aunque siga siendo el mismo...[¡qué absurda dialéctica! ¡Qué falso integrismo!]

Múltiples sonidos, reconocidos como íntimos, reconocidos como extraños. Humores que van y vienen, que se intercambian. Gestos secuenciales que se transmutan en el tiempo con patrones aparentes; sin patrón alguno; al calor de los discursos, de los dramas, de las trivialidades. Sólo impresiones; restos de hombre, retazos; danzas felinas en época de celo son el recuento de aquellas tardes de sobremesa en las que se disputaban inquietudes juveniles: el poder, la verdad, el sexo, la belleza, la amistad, la religión, los extraterrestres, la música. Todo valía para imperar: teoría, retóricas vanas, la fuerza de la voz, la ridiculización del otro, las alianzas efímeras, ¡las grandes autoridades! Esas ocasiones eran un festín, un escaparate de las personalidades, de las vanidades; momentos de pasar, de ser en el tiempo;

tal vez formas de descargar la conciencia de la tensión rutinaria, por legalismos implícitos o explícitos del existir socialmente, en donde se dice lo menos posible de nosotros mismos diciendo y haciendo lo que se espera que se diga y se haga. Y sin embargo, atrapados en el tejido de las simulaciones, de estar aquí así, de esta forma, en este siglo.

Ojos grandes, oscuros. Sólo ojos su persona. Voz grave, varonil, armoniosa, estudiada hasta el extremo. Todo él es voz. Gesto sarcástico, impaciente, provocador. Labios gruesos, carnosos, agresivos, seductores; fuente de nociones escandalizadoras, inquietantes: La Ley es la ley de la selva; Todo se mueve por intereses; Todo es relaciones de poder, espacios de poder; El dinero mueve al mundo; La gente sólo busca su provecho; la gente se pelea por comida, por el aire, por el espacio; La vida es una guerra de todos contra todos, y tú debes ser mejor que los demás, el más hipócrita, el más gandaya; si es que quieres sobrevivir.

No recuerdo la última vez que lo vi. Al menos no quiero acordarme. Quiero tener siempre en mente lo que para mí ha significado: El joven poeta de la muerte: durmiendo al filo del dolor; verdad a medias; vocación por la pena; simple pose; quién sabe. Verlo salir por esa gran cañería de restos humanos que suele ser el metro de la ciudad fue como una metáfora de la catástrofe, el viento de mi desgracia. Vestido con traje de prestigiosa marca, fina corbata,

cabello acicalado, portafolios y paraguas en mano. Era una tarde calurosa y nublada. Llovía desde la piel como gruesas gotas de sudor. A punto de caer el ácido celeste respectivo de ese día de verano. ¿Habrá ido a pedir empleo? ¿Vendrá de trabajar? ¿Se habrá sumado a las disciplinadas fuerzas laborales? ¿Se habrá vuelto c-a-p-i-t-a-l-i-s-t-a?

- Este hombre es un genio; es un dios. ¿Lo has leído?
- Está de moda. Dicen que no tarda en morirse.
- Sabines te dice la neta, lo que realmente late. No se anda con mamadas como el Octavio. ¡Él es el poeta del pueblo...¡Eres grande maestro!
Nunca comprendí su superficial obsesión por aquel personaje. Tal vez ser poeta de la muerte era ser poeta de la superficialidad, de la ocasión, del modismo.

Se apodera del espacio, de cada rincón habitable, perceptible o pensable, ese sutil y pertinaz olor a lavanda. Huidizo se evapora, reniega de la piel. Escapa acompañado de espurios olores orgánicos, fatalidades de la finitud de las cosas. Representantes de un día de trabajo muscular y epidérmico. Representantes de un metabolismo que agobia la conciencia: un día más. Naturales y, sin embargo, bastardos. Aire de virilidad, acaso de pobreza, de descuido, o de locura. Olor y voz. Voz que canta los lamentos del folclor: las penurias de la pobreza, de la mexicanidad: de las concordias y las discordias de los pueblos pueblo, de los comunes. Lo común es lo

representativo, lo distintivo, lo realmente existente, habría dicho alguna vez. Una odisea, un deleite, un careo judicial, casi místico: el rostro de los dioses: del hombre-mito-ordinario-decadente sensual. Amor prohibido: Negación. ¡Nunca más sueños así! Sueños que amenazan ser pesadillas. Pasados que inquietan el alma ambiguamente: remembranza excitante, moralizada culpa. Nunca sucedieron. Lo real nunca sucede. Lavados purificantes. Encuentros estructurados por esas propiedades biológicas y culturales que imponen pautas y modos. El baño. Era solamente un cuarto amplio. Prácticamente nulo inmobiliario: regaderas, vapor de agua, blancura milagrosa pese al mosaico reacio a la pureza; una mesa de madera y negra: depósito del status: depósito de las apariencias, de los convencionalismos, de la moda. Y como herramienta de protección una pequeña piedra, picaporte símbolo de la ineptitud administrativa o nostalgia romántica del paleolítico. ¡Vaya tiempos, vaya vida! Será que lo que cuenta es sobrevivir: acto heroico por excelencia.

Todavía lo recuerdo llegar del Instituto- me dijo -, donde están los grandes investigadores en ciencia política y social del país: casco de ciclista, pants verde y sudadera color rosa; rápido, móvil, sagaz, sobre sus patines con franjas moradas. Todo acción. Todo inquietud. Como si fuera un sofisticado descuido. Como si fueran gritos silenciosos ante una humanidad desinteresada por la vida. Era un acto de afirmación, de auto-confirmación. No era rebeldía, no era auto-

destrucción. Sabes, esa es la imagen de él que realmente recuerdo; la que quiero recordar. La metáfora que lo resume todo.

Verle hablar de los recuerdos de su poeta era asistir a un espectáculo, a una fiesta, a una celebración eucarística. Tenía ante mi una presencia que hablaba de ideas, de recuerdos e impresiones. Que decía hablando o callando. Silencios que me parecían momentos extáticos, momentos de comunión o de lucha con aquello que lo constituía, que le significaba: su convivencia con el poeta durmiente. No le importaba la hora ni el lugar. La cafetería repleta de gente enmudecida por un extraño fantasma del tedio. Pero mi narrador hablaba y representaba. En voz alta, en voz baja. Sus manos contaban, sus manos actuaban y experimentaban la alegría y el dolor.

¿Tu sabes en qué sueñan los poetas? Él era una extraña descomposición a carcajadas. ¿Por qué se ríen mientras duermen? Hieren el silencio de la noche con muecas burlonas, con cánticos cubiertos de oscuridad, agudos, adelgazados hasta la invisibilidad; pero cortantes, maléficamente cortantes. En vigilia y en sueño construía metáforas sublimes, espejos fieles para el mundo informe, o deforme, o en estructuración.

¡Agua, agua por favor!, gemía desde su lecho de dolor. Pero que sea de limón, apuntaba con aire ingenuo y coqueto. ¡Esta maldita fiebre va a acabar conmigo! ¡Me estalla la cabeza! Hablen a mi casa. ¡Que venga mi madre; que traigan al homeópata!

Sólo una gripa y el mundo se le acababa. Deshidratación, rostro demacrado, herpes labial con inflamación del tejido hasta reventar en fluidos purulentos. La agresiva fragilidad del cuerpo, de su vida, se manifestaba en escenas patéticas recurrentes, casi provocadas, intencionales, decididas para mostrarse así mismo lo que era: nada en medio de la nada, el centro total y absoluto. Yo tenía que estar allí, atenderlo, darle de comer en la boca, administrarle las medicinas, salvarlo para que siguiera muriendo cada día, para poder recordarlo, describirlo.

Eran ya las dos de la mañana y mi interlocutor con oficio de cronista seguía contando, cantando, cuentiando, recreándose. No sé por qué pero llegó un momento de la noche en el que me distraje. Creo que tanta metáfora afectó mis estructuras preceptuales. Si no mal recuerdo ahora, a él también, en algún momento de la noche, lo absorbieron esas manchas de la pared. Búsqueda de justificaciones; tal vez. Herramienta de comunicación de una inteligencia superior, por definición amorosa; quizás. Emergencia pulsional de un deseo; no lo sé. Son sólo manchas. Circulares. Líneas abigarradas. Cuál el género de los contrincantes; qué importa. Cuál la intensidad de la entrega; qué importa. Es entrega, acto en sí. Líneas entrecruzadas. Elementos mínimos para la sublime representación del encuentro. Barañas muertas de lo que crece naturalmente entrecruzado. Cúmulos de manchas pequeñas, como rocío celeste, oscuro, en el inferior de la representación: explosión de fluidos,

explosión de placer. Explosiones de una mente confundida. Visiones etéreas. Restos y signos del cielo en las comunicantes nubes.



Aquí se premia.

Estoy inspirado. Y no es que tenga un quesito enfrente, que si lo tuviera enfrente ya lo tuviera abajo. [Que pasó chiquitita, ¿pomo estás linda? ¡Vete para allá que estoy hablando! Lucrecio, ¿qué no oyes? ¡Que te vayas!]

Te decía que estoy inspirado, pero estos niños que no me dejan ni hablar. [¡Adriano, no rasque allí! ¿Vas a hacer popó? Vete a tu tierrita. Hay, quee linda, vaa haacer popó en su tieerriita].

Disculpa, sí, estoy inspirado. Estoy corrigiendo las cartas que te envié por e-mail en días pasados. Bueno, no sé si llamarlas cartas. No sé de dónde sale esa costumbre mía de llamar carta a todo lo que envío por e-mail. [¡Adriano, deja de estar batiendo la caca! Asii neniitaa, tápala y déjala secar. Quee liindaa neenaa]

Disculpa. Decía que no sé si llamarlas cartas. Pero bueno, ahora las estoy haciendo en forma de carta. Y ya corregidas te las envío en Word por correo electrónico. No sé cuando las leerás; o las leerás de nuevo. Bueno, leerás de nuevo sólo una parte, porque te advierto que ya las rehice, y les he puesto otras cosas. [Hay priicioosa, hizo popó en su cajiita. Quee picioosa. Ella me lame, quee booniita, ella mee laamee ¿Quieres pomer? Toma. Pero no lo vayas regando por toda la alfombra].

Te molestarás cuando escuches el mensaje. Lo sé. Dudé en comenzar a hablar cuando entró la

contestadora. Es algo extraño, incómodo; a mí que tanto me gusta hablar, de repente, sentirme intimidado, temer hablar...y sólo es una máquina.

No te molestes. No tienes que terminar de oír el recado. Si quieres apagarla, borrar el mensaje...De hecho, hablé a estas horas que sé que no estás, para hablar contigo, por decirlo de algún modo, indirectamente [Pinche Lucrecio, deja la cortina, ¿qué no ves que me las hizo mi abuela con tanto cariño para cuando me case, si es que me caso, o me canso, pinche gato].

Sé que siempre te molestó que te hablara y le hablara a los gatos a la vez, pero esta es mi vida. Y yo a ellas no las puedo ignorar. Desde que llegaron conmigo, chiquititas, regordetas, creyendo que eran machitos, porque el sonso del veterinario así me los vendió, dijo, “los dos son machitos, igualitos como me dijo por mail que los quería”, estaría borracho, y yo le creí, o no me fijé, de la emoción de verlos igualitos, rayaditos, de imaginármelos que cuando crecieran se verían igualitos, grandotes, gordos, su cara grande y su cuello ancho, como dos tigrillos, igualitos. Y no, no eran. Ya me di cuenta, cuando me fijé, cuando les puse cuidado de cómo orinaban. Cuando los espí, porque al principio, ya te lo he contado, no orinaban en su cajita, y yo necesitaba saber dónde se orinaban, porque seguro ya me andaban orinando toda la alfombra. Y los vi. En realidad, las vi. Y allí las quise, y ya supe que eran mi vida, aunque no llegaran a ser de grandes de cara grande, y de cuello ancho. Su carita chiquita, finita, de una dama. Así van a ser.

Pero no son ningunas damas; y ya se ve que no lo van a ser. Toscas, se muerde, se araña, se empujan, se me trepan por los pantalones hasta la espalda; ando todo arañado por ellas; cada vez me les parezco más; ya tengo tantas rayas como ellas. Unas trepadoras, así son mis vidas, unas trepadoras.

Pienso invitarte a la celebración de su cumpleaños. Bueno, su cumpleaños. A sus *dulces seis meses*, que equivaldrían a sus 15 años. Porque un gato es adulto a los 12 meses, 30 años en un hombre. ¿Vendrás? Te estaré esperando. Te envío la invitación, y aquí te estaré esperando. Todos te estaremos esperando.

No te dé miedo. Prometo comportarme. Ya entendí, no insistiré. De todos modos, relee las cartas, espera la invitación, y aquí nos vemos. Te abrazo.

Séptima.

Sí pues.

Hola.

Seguramente, después de lo que hablemos pasado mañana, esta carta, la última, ya no la leerás. De todos modos la escribo. Necesito escribirla.

Hay dos cosas que debo platicarte. Una de ellas relacionada con la duración de las pajas de hombres, y de cómo es posible una vida sexual plena sin ser promiscua y sin ser mediocre. La otra cuestión tiene que ver con la vida amorosa de las parejas; la erótica tiene una sintaxis, plástica, sí, maleable, pero

que se requiere conocer para vivir la sexualidad de una manera digamos aséptica.

Tal vez ha sido de la literatura de donde he sacado esa idea de *vida mediocre*. Vida sexual mediocre, o vida afectiva mediocre, vida intelectual mediocre, o lo que se te ocurra. Ya sabes como son los literatos, les gusta juzgar al individuo y de un plumazo adjetival glorificarle o sumirlo en el más hondo de los infernales abismos. Le he dicho a Santiago que algún día que alguien juzgue nuestro talento, yo como arquitecto y él como músico- que por cierto es muy bueno-, dirá que vivimos una vida sexual mediocre. En los últimos meses, como en un sueño agobiante, hemos sucumbido vez tras vez en nuestras pláticas en el tema de lo sexual. Como en un círculo vicioso, todo nos lleva a terminar hablando de sexo; de Santiago y su novia que lo dejó por otro con un pito más grande; y de mi supuesto pasado que no quiero contar. Le digo a Santiago que las quedadas se conforman con habladas. Muy talentosos, pero con una vida sexual mediocre. Así nos mentarán.

No sé exactamente que quiero yo entender por vida sexual mediocre: una vida con pocos encuentros sexuales, actos sexuales pues... sexo, como le dicen. Una vida sexual inhibida, como la de aquellos sujetos en los que más que la moral una especie de rencor profundo los aísla del mundo; como en un niño egoísta, que con tal de no compartir sus juguetes no juega con nadie. O un sujeto con mucha suspicacia para el cual todo es competencia, cuidarse de los intereses ajenos, de que no se vayan a aprovechar de

él, de que nadie le quiera ver la cara, o humillarlo, y entonces ser incapaz de pretender, de abrirse un poco, de ceder la intimidad a la mirada ajena, y vivir así una vida sólo de fantasías sexuales, dentro de un mundo controlado, un mundo de fantasía pornográfica. Creo que casi siempre el fanático de la pornografía es un sujeto de pésima capacidad para la seducción, para la entrega; hasta lo veo estreñado, obsesivo-compulsivo, demasiado interesado en la afecciones corporales, lleno de granos y de sarro. Sí, seguro es el estereotipo. No dudo que haya elegantes, guapos y deportivos hombres de tal egoísmo que descarguen sólo su vida afectiva en la soporífera fantasía solitaria.

Pero la verdad es que estos sujetos no son menos sexualmente mediocres que aquellos que van de cama en cama, de acostón en acostón, siendo de todos o todas y no siendo de nadie. Muy activa, muy diversificada vida sexual, y aún así mediocre. Como el 007. Recuerdo muy bien una escena en la que J. Bond se reencuentra con una antigua amante a la que dejó así, sin más, sin despedirse. Ella le pregunta que por qué del pasado, si hizo algo mal; él sólo contesta que se acercó demasiado a su corazón. Finalmente el Don Juan, el James Bond y el estreñado obsesivo-compulsivo viven una vida sexual de ínfima calidad, de una pobreza descarada porque a la sexualidad la han aplastado a sus componentes biológicos, orgásmicos, o simbólicos.

Te abrazo.

Fermín.

11/Ago/03

¡Cabron!

¿Qué pasó? Te estuvimos esperando el sábado para el partido. Nos han dado una arrastrada. Ya te contaré. Pero estuvo sabroso. Tengo un golpe en el ojo y un par de moretones en la pierna izquierda. De ese nivel. Pero el payaso de Antonio no se fue limpio. La verdad es que me manché. Luego le tuve que pedir disculpas. Y me dio la mano; dijo que no había bronca; o algo así, ya ves que con su media lengua, apenas si logra expresar algo. De nada le sirve el dinero. En fin. ¿Comemos el miércoles? Tengo libre de 3 a 4.

Fermín.

[Envido a elp_pissanti@correo.com.mx, 12/Abr/03]

Segunda.

Sí pues.

Hola.

Otra vez yo. A la carga.

He pasado el fin de semana pensando en ti; en que no estamos juntos, en que algo en esta breve soledad me duele tenue pero persistentemente.

Al principio este dolor, este sutil dolor me incomodó; hasta me irritó; entrené con violencia, y estuve apunto de comer con desenfado. Pero pronto me llegó el aroma fresco de esa sutileza, la frescura de esa

distancia, la armonía de esa soledad. Me acordé de Ravel, me acordé de su *Pavana para una infanta difunta*. Algo en esas notas suena a soledad, a despedida; pero una despedida que es un hasta luego. Algo en esas notas me sonó fresco, como un viento helado y lacerante en medio del silencio de los muertos, que más que atemorizar, me eleva sobre una introspección nutricia.

La soledad de ti se volvió una melodía de introspección, y sentí correr el viento jugueteón sobre las cortinas de mi casa. La felicidad es hoy, me dije. Soy feliz.

¿Por qué te extraño si apenas nos conocemos? ¿Por qué encuentro regocijo en la momentánea soledad? Porque me siento humanizado. Sí, humanizado. Qué término más raro. Qué término tan impreciso. No sé si sobre la marcha de estas letras, a medida que precise ante mí, y ante ti, aquello que entreveo, encuentre alguna palabra mejor.

De entrada te digo, antes de que se me escape la idea, que *marcha de estas letras* es una frase de virilidad descarada, pero linda, que refleja cierto orgullo de mi alma revalorizándose. Pero también refleja la consecuencia enternecedora que han tenido estos chispazos de soledad: me he encontrado camarada de soldados amistosos, que en su discurrir me consuelan y me alientan. He leído a viejos amigos, unos muertos antes de que yo naciera, otros a cientos de kilómetros de distancia. Pero yo con ellos, con sus palabras, he marchado en este fin de semana. Sus palabras y mis palabras han emprendido ese

acompañado y vigoroso andar que le da color a las tardes en el cuartel de la meditación.

He intentado mostrarte anteriormente que el amor sexual es una especie de amor en particular. Que en esa actitud amorosa de la vida ante la vida se tiene una clase de amor que se da en la pareja. De todas las formas de amar que tenemos, la sexual es una, y es un modo de vinculación entre sujetos. Con la persona que hemos decidido formar una pareja nos relacionamos de muchas formas, y una de ellas, la que define la vinculación, es la sexual. Esta vinculación sexual es biológica y emocional, y tiene expresión social, por cierto, en lo jurídico, como matrimonio o sus variantes, y espero que pronto en México, como Parejas de hecho. He dicho que un sujeto puede vivir sin amor sexual, sin ese dar/recibir amor sexual; porque dicho sea de paso, es un acto de dos; no se ama sexualmente sin ser amado. Pero sin amor sexual, el sujeto pierde una hermosa dimensión de la vida.

Yo no he podido sustraerme a esta dimensión de la vida. Quise, pero no pude. Quise, pero he terminado no queriendo sustraerme al encanto de amar sexualmente. Es un encanto, sí, lo es, aunque también podríamos decir que es una necesidad. Pero encanto y necesidad son palabras cortas de miras; sólo vislumbran una parte del fenómeno, del suceso. Porque amar es un acontecimiento; nos acontece. Es como pesar, tener peso. Yo peso hoy por hoy 78 Kg. Es *necesario* que todo lo vivo pese. Pesar es una necesidad. Nos acontece como humanos que

pesamos. Así, nos acontece como humanos que amamos sexualmente. Que tenemos por vocación, por llamado, amar sexualmente. Negar este llamado por el solo hecho de negarlo, o por temor, o por traumatismos, o qué se yo, nos deshumaniza. Nos hace perder algo de nosotros. Hay quienes renuncian con plena conciencia a su sexualidad, pero eso es otra cosa; muy respetable, por cierto.

Extrañarte hoy, en esto, lo nuestro, lo que comienza, es responder al llamado, a mi vocación como humano; es humanizarme; es convertirme en un amoroso; es vivir esa extraordinaria dimensión de amor, del sí pero no, del siempre pero nunca.

Perdóname; estoy en severas abstracciones; pero no sabes lo emocionado que estoy. No siempre amo así; no siempre comienzo a andar en un camino como este. Pero hoy me sabe bien andarlo. Si hay gente que se lo pierde por incapaz, lo lamento mucho. Si hay quien se lo pierde por renuncia voluntaria, allá ellos.

Amar duele.

¿Qué es eso del sí pero no?

¿Convertirse en *amoroso*?

Déjame citar al maestro Sábines.

(Tengo la impresión que la poesía te incomoda; al menos en la cama te incomoda. Pero la poesía lo impregna todo, y es buena hasta con el champurrado)

Los amorosos callan.

El amor es el silencio más fino,

el más tembloroso, el más insoportable.

*Los amorosos buscan,
los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.
Su corazón les dice que nunca han de encontrar,
no encuentra, buscan.*

*Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos,
entregándose, dándose a cada rato,
llorando porque no salvan al amor.*

El amor es algo que duele, porque al vincularse así, como pareja, se entra en una dinámica propicia para un cierto llanto, un cierto abandono, un cierto dolor, un buscar no sabiendo qué. Pero no es un dolor perverso. Es como el llanto del recién nacido. Lloro la entrada a una forma de ser distinta a la que había vivido allí, dentro del vientre de la madre. Lloro porque se enfrenta a otra circunstancia. Y aunque los psicoanalistas juran y perjuran que ese trauma primero es el viento de la desgracia de todos los sufrimientos de la civilización, a mi me parece que ese llanto-canto primero es uno de los mas sublimes de la Creación. Amar sexualmente, iniciarse en ese camino del amar sexualmente, y cruzar, transitar ese camino, es iniciar y cruzar un desasosiego que nos cruza, que nos atraviesa, pero que al mismo tiempo nos enriquece. Sí, lo sé, soy un filósofo del optimismo. Pero yo amo la vida. Amo nuestra humanidad. No somos todo lo bueno que debimos ser, pero sí somos todo lo bueno

que hemos podido hasta ahora ser. Los teólogos de la catástrofe pueden lanzar sus anatemas a la naturaleza humana, pero han dejado de hablar en nombre de Dios.

A mí, el dolor de amarte, de estarte extrañando esta tarde-noche me parece maravilloso, iluminador. Amar es también estar iluminado.

Amar es una angustia, una pregunta, una suspensión y luminosa duda;

Así lo decía el joven Villaurrutia, por citarte otro poeta. Finkielkraut, uno de esos amigos con los que te he dicho platicué este fin de semana, cita un su libro La sabiduría del amor una idea del viejo filósofo judío Levinas que me parece estimulante: en la dualidad insuperable de la relación erótica está el carácter patético del amor. Es verdad, en el amor sexual, erotizado, hay una dualidad insalvable, que lo hace patético (conmovedor, que infunde dolor, tristeza o melancolía- Larousse *dixit*), pero también, añado yo, que le da su dinámica. La dualidad insalvable es estimulante.

Dice Finkielkraut, “¿Qué es hacer el amor? Es languidecer por lo que está muy próximo a uno como si, una vez apartados todos los obstáculos, en el contacto de la piel y en el entrelazamiento de las epidermis, la otra persona se negara aún a dejarse tomar...por más que se elimine hasta los últimos vestigios toda timidez o contención, por más que se sacrifique la casta liturgia de la conducta habitual a un impudor ilimitado, a un salvajismo sin trabas..., de

nada vale todo esto, pues *lo descubierto no pierde su misterio en el descubrimiento, lo oculto no se revela, la noche no se dispersa.*”

El otro, para ser otro, siempre será extraño a mí. Yo soy yo en la medida que en escena entra la mirada de otro, de lo otro, que es distinto a mi, y que me singulariza. Esto que es cierto para cualquier experiencia de la vida, tiene su expresión corporal en el acto erótico de lo biológico del amor sexual.

Pero esta derrota del día, de lo iluminado, por la noche, en realidad es un triunfo de la temporalidad sobre lo intemporal, y muerto, pues la dualidad insalvable acrecienta el diálogo entre los amantes. Hace el darse, el entregarse a cada rato. Lo insalvable del amor, ese aire de soledad que te contaba al inicio de esta nota, es el motor de una parte vital de nuestra vida; es el generador de una dinámica que llena de emociones, sensaciones, de anhelos nuestra existencia; y hasta de cartitas como esta. La derrota de la dualidad insalvable es nuestra condición de triunfo.

El sí pero no, es el tenerte pero nunca llegar a tenerte en realidad; es el nunca remontar la barrera que nos separa; pero es también el motivo para permanecer junto a esa pared, cada quien de su lado, intentando el diálogo.

Reconocer todo esto, reconocermé en todo esto, me hace sentir plenamente humano; o en camino. Me hace saber que cada vez más me acerco a vivir todo lo bueno que como humano debo vivir: lo humanamente bueno. A penas te conozco y ya te

extraño. Nunca te conoceré del todo; la barrera es insalvable; y siempre te extrañaré. Conociéndote mucho o poco, siempre te extrañaré. Nunca mi piel logrará ser lo suficientemente abrasiva para encerrar tu piel. Sólo la memoria de mi cuerpo podrá intentar impregnarse de un poco de tu aroma. Es la dinámica del amor sexual.

Te abrazo.
Fermín.

15/Ene/03

Tercera.

Sí pues.
Hola.

¿Qué pasaría si, al final, esto que comienza, no terminara por comenzar? ¿Qué pasaría si tú y yo no vivimos el amor? ¿Bajaría yo los brazos, escupiría mis manos, me envolvería en tierra como señal de luto? ¿Cómo viviría mi derrota? No, no habría luto. No, no habría derrota. Si se ha librado una batalla, si se inició una conquista, hoy podría cantar yo la victoria. La lucha la he librado conmigo mismo, y he salido vencedor. He tenido un encuentro conmigo, aprendí a quererme un poco más, así, tal cual soy. Me he visto en mi pequeñez y me he apreciado. Creceré; lo sé. Ya he vencido.

¿Le tendrás miedo a una relación de pareja? Te he dicho *cuando vivamos juntos*. Eso asusta, ¿verdad? De entrada me asusta. Tal vez deba decir, me desubica. Pierde uno la ubicación; eso es lo que causa el desasosiego. ¿Cómo mirarse de repente viviendo a la luz pública con otro hombre? ¿Cómo, después de toda una vida asumiendo que viviremos como los demás esperan vivamos, como hombres, dominantes, resueltos, ásperos, y si se puede, monógamos? Lo siento, no lo puedo resistir, tengo que citar a Bohórquez.

*Frecuentar los hoteles
es olvidar qué fuimos allá afuera,
por cuál camino de entre sueños
no me dejas dormir,
por qué razón padezco y me padeces
el pecado, el estigma
de estar hombres en el amor,
la expiación delictua,
la agonía,
el santísimo entierro,
en el que se sabe cuál de los dos
murió primero.*

(Somos siempre otras voces; discúlpame tanta cita.) Pero frecuentar los hoteles es eso, olvidar una identidad esperada, es renunciar al derecho de ser como se nos pegue la gana. Y, curiosamente, rebelarnos a lo que se espera de nosotros, y viviendo a la vez como se espera que vivamos: como delincuentes, a escondidas, expulsados del paraíso. El patriarcalismo se lleva hasta en los huesos. En fin...

Entiendo te dé miedo enfrentar a las convenciones. Pero lo que más me preocuparía sería tu temor a la libertad que te debes a ti mismo. Si hasta hoy *lo nuestro* ha sido una exploración de tus posibilidades, y decides no querer ir más allá, porque te satisface lo que hasta hoy se ha esperado de ti, porque no te da la gana, porque no es tu giro como dice Santiago, pues bien, no hay bronca; hasta hoy hemos sido honestos, hemos sido responsables.

Pero no renuncies por temor a la libertad. Toma la alternativa; como el torero; y lánzate al ruedo, a vivir el dulce o cruel espectáculo de la vida y la muerte. Sí, la figura retórica no ha sido la mejor. Además, detesto los toros. Pero la figura de la alternativa, esa sí que es espectacular. Nadie obliga al torero; y en su elección le va la vida, la fama, la gloria, o la muerte, la cruenta venganza de quien ha sido desafiado: el toro embravecido.

Dramatizo, lo sé. Yo hasta hoy, en mi discreto, modesto desafío al toro de las convenciones, he podido disfrutar las faenas. El secreto, creo yo, ha sido la medida, el respeto a mí mismo, y la honestidad. Algo ha habido de angustia, pero es la propia de nuestros tiempos. Ya te he dicho que hemos, como civilización, sobredimensionado la sexualidad, poniéndola en todas partes, y a la vez ocultándola. ¡Qué estupidez! Pero estoy intentando vivir una sexualidad en su justa dimensión. Estos días contigo, y sin ti, han sido la oportunidad de la recapitulación. Por eso te digo que pase lo que pase, yo ya gané; este es mi triunfo.

No quiero obligarte a nada. No quiero que sufras. Ante todo te pido confíes en mí. Mi amor, como amigo, como camarada (aunque el término suene a socialismo trasnochado; ya te explicaré algún día por qué lo uso), no dejará que sufras; hará hasta lo imposible porque no sufras más de lo necesario. Sí, más de lo necesario; porque la elección siempre es una renuncia; y a veces eso duele.

¿He dicho amigo? ¿Me contentaría con sólo una amistad? Ante todo, uno se enamora sexualmente de personas. Para que el amor sexual sea generativo, antes tiene que haber amor por la persona. No es contentarse “sólo” con la amistad, es reconocer la dinámica de la vida, y llegar hasta donde uno pueda llegar.

No creo en las grandes pasiones ni en las grandes tragedias. Creo en el compromiso. El amor es en última instancia compromiso. Y yo estoy comprometido con tu felicidad, a respetarte, a no buscar tu perjuicio. Por eso te digo confíes en mí. Lleguemos a donde lleguemos. Sólo considera que tienes muchas puertas por delante; abre la que quieras; vive su interior responsablemente. Sabe que habrá renunciaciones. Sabe que habrá resistencias. Pero hay que tener valor. Yo en todo momento te ofrezco mi mano para andar juntos, en la modalidad que quieras. A mi la vida no me arredra. Yo amo, que el mundo gire.

Ya no diré más. Tengo mucho que decir. ¡Cuánto hace que no digo, parece una eternidad! Pero ya no diré

más; no hasta tener una reacción tuya. Esto es un diálogo, ¿verdad? ¿Platicamos?

Te abrazo.

Fermín.

3/Feb/03

Mercedes,

Me dijiste que no querías te regalara un libro; que no sabías qué, pero que fuera otra cosa. Y allí me la pusiste difícil. Pero lo que te mandé pedir de regalo, que aún no llega, te va a dejar con la boca abierta. Sin embargo, toma el presente como una desobediencia mía a tus órdenes: como parte de tus regalos de cumpleaños.

Yo he leído mucho en el último año sobre el tema de sexualidad. No es tanto que me interese u obsesione lo del sexo...pero eso es algo que no te importa...Te comento todo esto para decirte simplemente que he leído mucho sobre el tema, y la mayoría ha sido basura. Sin embargo, lo que te envío es una delicia. Lo es por muchas razones: a) Aunque con desaciertos, habla sobre muchos aspectos de manera certera; b) lo hace en forma clara, y directa, en un español elegante, rico en matices, y con giros hasta poéticos (no de balde es un literato el hombre); c) su temática es un balance entre lo teórico-especulativo y lo ordinario (lo que quiere saber en general cualquier mortal que vive como ser sexuado en este inicio de tercer milenio); d) sus presupuestos, argumentos

centrales y conclusiones están a la vista, lo que lo hace un buen ensayista; e) es un trabajo muy bien documentado, el señor ha leído mucho, y seguramente ha discutido mucho con mucha gente sobre lo que escribe; f) y por si fuera poco, lanza una idea genial, o al menos lo dice de manera genial, por su simpleza, que a mí me ha deslumbrado: “No se debe esperar mucho del sexo”...yo he dicho esto como “meter a la sexualidad en su justa dimensión”, creo que en ese sentido va el señor Marina.

Que no te dé flojera leerlo. Y agradece al cielo que esté en tu camino para acercarte a buenas lecturas y librarte de esas ideas raras de tu loca cabeza (jajajaja). Te haces la incomprendida. Tú no me comprendes, has dicho. Y yo te he dicho que en la perplejidad de tu incomprensión deberías de comprender lo incomprendido de mí (más o menos eso dije; ya sabes que no me aprendo los diálogos). Tú eres tan incomprendida como yo, y por tanto ambos nos comprendemos. Y no es un trabalenguas. En realidad nos conocemos muy bien. Te has acostumbrado a mirar en este charco de agua puerca –te cito- que soy yo. (¡Pero tú no eres agua de manantial, samaritana!) Las muchas palabras sobran; por eso son *las muchas*. Lee el libro, y hazlo pronto que la vida se acaba. Dicen que el conocimiento sirve para algo. Yo no lo creo. El conocimiento, la experiencia de un texto, la vivencia de una historia, no es como una escoba o un sartén que sirven-para-algo. El conocimiento es más que eso: es una manera de ser, de vivir. Leyendo, en cierta forma, vives. Te

conoces, conoces a otros, y te reconoces en ellos. Por mi emoción expresa, en esas páginas me reconocerás...Y como sólo se re-conoce lo que ya se conocía, por eso digo que las muchas palabras sobran. Y aquí le paro, porque sino va a resultar más interesante la dedicatoria que el libro mismo.

Tuyo
(de manera retórica)

Fermín.
22/Jun/03

Sexta.

Gracias por esos días extraordinarios en Ixtapan. Aprendí mucho, como te dije.

Lo que aprendí me motiva que te envíe la Carta Quinta, que ya pensaba no enviarte nunca- como la cuarta, que aún no termino-. Pero creo vale la pena hacerlo.

Hoy sé que no sólo somos lo que queremos ser, sino también lo que somos, lo que actualmente somos. Somos un anhelo de futuro, pero también una actualidad.

Tú a veces me has dicho "Hice tal cosa, pero yo no soy así". Y dices algo de verdad; uno es lo que

quisiera ser. Aunque no puede negarse que uno también es lo que uno hace.

Amar es también un anhelo de futuro. Uno ama lo que anhela que sea, lo que uno quisiera que alguien sea. Aunque uno también debe aprender amar lo que es, lo que la persona actualmente es.

Es difícil. Es una gran tensión: la realidad del presente y la pretensión de futuro. Sobre todo porque el futuro nunca se alcanza, y porque uno no desea que el presente, por más perfecto que sea, se prolongue eternamente.

¡Qué rudo es esto de Amar, qué rudo es esto de ser mortal! Decía el escritor sagrado: “Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”. Aunque también decía, “El amor cubrirá multitud de faltas”.

La vida es una falta, una carencia. El Amor siempre será la búsqueda de algo de lo que carecemos. Amamos lo que nos hace falta; y esto no es egoísmo, es una necesidad esencial de completamiento.

Siempre he sido fuerte; nada me hunde. Siempre he pretendido tener control de mi vida. Tú también me has dicho que lo has visto en mí. Pero es una ilusión, una fortaleza de utilería. Somos por naturaleza débiles; necesariamente abiertos, necesitados de otros. Aceptar nuestra apertura es fundamental para alcanzar la fortaleza real.

Suena contradictorio, pero la lógica no alcanza a explicar la totalidad de la existencia: Somos fuertes en la medida en que nos reconocemos débiles; somos nosotros mismos en la medida en que nos entregamos a los demás.

Vaya, esta fue una de las cuatro grandes lecciones que aprendí en estos días. Por eso, muchas gracias.

Te abrazo.

Fermín

21/Jul/03

Sí.

Hola.

Ya te he contado que he aprendido 4 lecciones importantes en estos días de Verano en Ixtapan. Te he dicho de una, la Esencial apertura de todo ser humano, que en cierta forma ya la sabía, pero la he podido mirar con nuevos ojos, con los de la experiencia de tu cercanía.

Las otras tres son harto difíciles de explicar, al menos de que yo pueda explicar; son cosas que se experimentan muy al ras de los sentidos, muy al filo del agua, de la cotidianidad que vivimos. No reparé en ellas hasta que veníamos en el camino de vuelta; y sólo fueron chispazos, escenas fugaces, sentencias míticas, herméticas, como ocultas en un sueño recurrente arrastrado desde la infancia.

Me voy a arriesgar a intentar decir las tres que me faltan.

La segunda: El goce como desinhibición, como entrega de lo que el otro espera; y a la vez, como

experiencia de lo discontinuo, de lo fugaz, de lo mutable.

La tercera: La dinámica de aislamiento de pareja versus convivencia grupal, y la afectación positiva y negativa de la intimidad por el despliegue de la personalidad en ambos ámbitos.

La cuarta: La rica variedad de emociones contradictorias, pero contenidas en la búsqueda de consistencia de la elección del objeto de amor.

Suena denso, ¿verdad? Ya me explicaré, y espero no te disguste quede constancia escrita de nuestra historia íntima en esos días. Pero, qué pues, han sido unos días maravillosos. Nunca había vivido con alguien tanta gama de hechos en tan pocos días. Si querías ser el primero en algo conmigo, no sólo has sido el primero que me sobó los huevos mientras yo manejaba un auto, también has sido el primero con el que he estado en un hotel, y viviendo el juego de la incertidumbre del amor, de la posesión-desprendimiento, en tan breve lapso de tiempo.

Te abrazo.

Apreciable Señor Franco,

Le envío la presente para darle un cordial saludo y felicitarlo por su gran talento. Talento que estoy seguro, mas allá de la gracia divina, es producto de la virtud de un hombre como usted. Un hombre virtuoso que, como los clásicos griegos, evidencia su belleza interna en su belleza externa. Y aunque lo interno y lo

externo son uno, no deja de maravillarse el tenaz talento en tan bella estampa.

Y bueno, después de los cumplidos, cambio de tono, de formal a informal. Te he escuchado anoche en el Museo del Chopo. Y te escuché con la misma atención y la misma magia con la que te he escuchado en otras ocasiones en la Nezahualcoyotl y en el CNA. Soberbio. Me encanta tu gracia, ese dominio escénico, dominio de la armonía corporal que es compañera fiel de tu dominio de los vientos, de los sonidos, de la sólida materialidad de la instrumentación. Cuando te escucho esas notas prehispánicas me imagino a insólitos chamanes que con magia y músculo atrapan vientos dorados, espíritus del bien y el mal. O cuando esas notas medievales; imposible no evocar a esos saltimbanquis que con tierna acidez tenían y entretenían a príncipes y plebeyos por igual.

El arte es la realidad humana que alude; lo estético es alusión de verdades eternas, terrenas, cotidianas u ordinarias. Horacio, tu has hecho de tus virtudes y tu cuerpo un arte armónico, alusivo, capaz de despertar en nosotros, en mí, lo significativo de lo humano. Yo soy de esas personas que aman lo humano, así, con sus claroscuros. No somos todo lo bueno que podríamos ser, pero estamos haciendo nuestro esfuerzo. Hallarle sentido a la vida, su significado profundo, en el misterio piadoso y en lo ordinario, es posible también gracias al arte. En el encuentro contigo, en esas representaciones, en la quietud de quien observa, siente, medita, se llegan a mirar chispazos de sentido de la vida: la alegría de lo vivo; la

armonía de sonidos, cuerpo, actitud; la disposición del rostro que mira y es mirado; la piel que se presenta circunscribiendo lo otro y siendo puente de contacto; el aliento que es impulso de sonido y voz que interactúa con el público...¡Diablos, ya lo creo que vale la pena vivir! Ya lo creo que vale la pena esforzarse por asistir a tus conciertos. Sé que hay muchos que dicen que la música es finalmente lo que importa, lo sublime, pues. Pero esta vida que somos también se llena de esas conjunciones maravillosas de presencia de otredad y música.

Y ya, sin tanta labia, termino recalcando que disfruté mucho el concierto de anoche.

Saludos.

F. Martínez.

[Enviado a h-franco@correo.com.mx , 23/Abr/03]

Sí.

Hola.

Después de que colgaste, o te colgué- ya no recuerdo qué pasó-, juré que no te lo diría, que nunca te lo diría. Me dije, la ignorancia es atrevida. Así son: hablan y hablan porque no saben. Uno calla cuando sabe lo que ignora; se abre en una horrenda expectativa, en la necesidad y el temor de saber. Pero ellos, él, hablan y hablan.

Lo que quería decir era breve. No tomaría más de treinta segundos. Sólo era necesario te callaras treinta

segundos. Después podría venir el marasmo de horas y horas de soliloquio. Yo podía haberlo aguantado, confiado en que en esos treinta segundos precedentes ya había cumplido el destino de una vida. Sólo quería decir:

La historia es importante, pero lo es igualmente el modo de decirla, de nombrarla. Quien habita un lenguaje habita un mundo. La sonoridad de las palabras, sus ritmos y sus giros, su semántica y polisemia, también constituyen la historia.

¿Es mucho pedir treinta segundos? Devorar página tras página para encontrar un personaje, para desenredar una trama, lleva al peligro de la indigestión, o de la desnutrición: terminas desperdiciando, haciendo menos, haciendo a un lado las palabras. Las palabras, muchas o pocas, mientras sean las necesarias, siempre serán lo nutricional de una obra, porque en ellas está su sentido, la capacidad de aludir a un sentido, que es vital en la obra literaria.

Sólo quería en esos treinta segundos que te deleitaras en la luz suspendida de las palabras, que aprendieras a tomar esos deleites, a disfrutar con calma un buen vino, a saborear cada rincón de tus gustos sensitivos. Devorar la página es como atrapar la presa sin disfrutar la caza. Para el adolescente, el sexo es el ínfimo, el miserable corto instante del orgasmo. Para el maduro, la cacería, lenta, parsimoniosa, con sus vértigos y sus calmas, es tan importante o más que su consumación.

Hay que planear sobre la página. Hay que sentir los ecos y los aromas de cada paraje.

“No he querido saber, pero he sabido”

Hay muchas formas de decir el inicio de Corazón tan blanco. Pero esta forma de decir la historia es un triunfo de nuestra civilización.

“Te amo. Amo lo que no pudiste ser, lo que hubiera querido que fueras para mí, en mi vida.”

¡Que aromas, que ecos, que movimientos temporales!

“Amor, sombra florida. Sueño de aroma. Y luego, nada, andrajos, rencor, filosofía.”

En fin, sólo treinta segundos.

Te abrazo.

Fermín.

[Enviado a:#####, #####]



El té, García y Morales.

Cuento borgesiano a manera de ensayo.

*No busco el camino de los antiguos:
busco lo que ellos buscaron.*

Basho Matsuo

Hace tiempo que consumo té verde (*matcha*). Hoy no sabría explicar los motivos; al menos no podría dar una razón consistente; y tal vez no sea necesaria. Recuerdo que comencé a tomarlo por aquello de los flavonoides¹.

Siempre he considerado seriamente la posibilidad de morir de cáncer de próstata. De repente siento ciertas punzadas allí, en la parte cercana al extremo terminal del colón descendente, que en buen español se suele llamar culo. Mi cierta propensión desde chiquito a ser hipocondríaco, tal vez producto o derivado de esa actitud infantil a manifestar enfermedades, o a provocármelas para seducir la atención de mi padre, me ha hecho pensar que el que no orine el contenido de la vejiga de un solo chorro sea indicio de un avance de hiperplasia prostática. Aunque tal vez sea maña. Ya saben cómo es el cuerpo.

Me parece que fue en la primavera de 1996, cuando llegó a vivir a la posada de estudiantes donde yo radicaba, un joven médico que me dijo que el cáncer de próstata se daba por tanto usarla. No le creí, porque tengo por vocación poner en duda todo lo que

¹ Yang C.S. and Landau J.M. Effects of tea consumption on nutrition and Health. J. Nutr. 130:2409-2412, 2000, y Aherne S.A. and O'Brien N.M. Dietary Flavonols: Chemistry, Food Content, and Metabolism. Nutrition 18:75-81, 2002.

me dicen, y más si está relacionado con la salud. Aunque no debo negar que fue por cierto desprecio; los poblanos tienen fama de mojigatos, y él parecía un abstemio. Pero ese intercambio me llevó a la biblioteca; bueno, en realidad a la hemeroteca, pues era allí donde llegaban las revistas científicas recién salidas de las editoriales, y por ello con la información más actualizada. Era 1996, ya había Internet en la Universidad, pero era rudimentaria, y yo no era muy experto en búsquedas con alta tecnología. Encontré algunos reportes, muy pocos para mi grado de preocupación juvenil. Hoy Internet es una maravilla, y tengo cientos de artículos reposando, para gozo de mi conciencia, sobre un conjunto de librerías que ocupan toda una habitación de mi pequeño departamento. Todos esos artículos hablan de “su majestad la próstata” y de el té verde.

Se sabe que hay una relación directa entre la baja incidencia de cáncer de próstata y el consumo de té verde (*Camilla sinensis*) entre los chinos y japoneses². Todos son estudios retrospectivos. No hay estudios controlados, doble ciego y con uso de placebo. Cuando sabía poco de estadística, y mucho menos sobre investigación clínica, los puros estudios retrospectivos eran más que suficientes, y ya me parecía que iba por la vida con una lustrosa y saludable próstata, pues todas las mañanas, y de vez en cuando por las tardes, consumía una tacita caliente de té. Después vino la ciencia ciencia y perdía la

² “Some epidemiological studies also support a protective role of tea against development of cancer. Studies conducted in Asia, where green tea is consumed frequently and in large amounts, tend to show a beneficial effect on a cancer prevention”. McKay D.L. and Blumberg J.B. J Am Colleg Nutr 21(1): 1-13, 2002.

quietud. Aunque tras la batalla perdida, me refugié en el dicho que acrecienta la esperanza de ganar la guerra. Todavía estaban los flavonoides, poderosos antioxidantes que podrían ser la clave de que las próstatas chinas y japonesas siguieran expulsando sus jugos con singular alegría³.

Pero mientras eran peras o manzanas yo seguí consumiendo té. Me hice experto en el consumo de té. Cada vez que iba al súper o pasaba por una tienda naturista compraba cualquier nueva marca de té verde que no hubiese visto antes. He probado de muchos, pero fue sólo hasta una tarde, me parece que de Junio, del año antepasado, que pude entender, como en una especie de revelación paulina de camino a Damasco, aquella frase, que para mi era enigmática, del viejo Eguchi en la novela de *La casa de las bellas durmientes* de Yasunari Kawabata: “el té era bueno”. Era de una cajita comprada en el Costco, una de esas poderosas tiendas trasnacionales que te traen el mundo en su gran variedad literalmente a tus pies. Hoy en día he refinado aún más mi búsqueda de buen té; incluso llego a distinguir por número de lote, de las dos o tres marcas que más me han gustado, cuál es el mejor. Las hojas cosechadas entre 1997 y 2000 son excelentes; las de 2001 no son buenas, las de 2002 son aceptables⁴. Hasta hoy no he probado ningún lote

³ Cuando llegan a usarlas, porque ya saben lo que se dice, que en general los orientales, comparados con el resto del mundo, tienen el menor índice de prácticas sexuales al año.

⁴ La calidad del té depende de la zona geográfica de cultivo, la edad de la planta, la ternura de las hojas cosechadas y de la técnica de secado a la que estas se someten. En el *Chanoyu* o ceremonia del té de los japoneses se usan dos clases de *matcha*: hojas jóvenes de plantas de entre 20 y 70 años de edad, para la fase *goza-iri* de la ceremonia; y hojas jóvenes de plantas de entre 3 y 15 años, para la fase final, conocida como *usucha*. Una descripción útil para el neófito puede encontrarse en: www.redmarcial.com.ar/cjapon/chanoyu/chanoyu.htm

de 2003. Y ya verán con esto que en algunos casos el dios mercado no es tan eficiente.

2002 fue el año que se entrecruzaron dos de mis aficiones, el consumo de té y la literatura oriental. He dicho consumo; pero la palabra tiene un aire mercantil. Tal vez deba decir el ritual o la ceremonia, porque hay prácticas de la vida ordinaria que investimos, aún sin querer, de significados, o erigimos como vehículos para la evocación o la conjura del deseo, del placer, del cansancio, de la solidaridad, de la comunión, o qué se yo. Por otro lado, debo precisar, siendo justo: las literaturas china y japonesa. A uno por descuido todos los chinos nos parecen igualitos; pero no, hay diferencias; y así en las literaturas orientales.

Llegué a la literatura japonesa por error. Error es un decir. Un decir impreciso. Llegué a la literatura japonesa guiado por la oscuridad del alma, de mi alma. Guiado por esa especie de fantasía que subyace a nuestra vida real; una fantasía real- por contradictorio que suene el término-, patente, e impertinente, en nuestra vida diurna, y aún en la nocturna; y que le da, sino sentido, al menos cause a eso, que se ve que no es tan libre, y que llamamos intencionalidad. Buscaba lecturas licenciosas [erotismo, trasgresión y poder; placer y refinamiento; lo sórdido y lo sublime; sensualidad; la corporalidad volcada hacia la vida; la vida abierta hacia la vida].

Dice el autorizado Pequeño Larousse Ilustrado que licencioso es aquel o aquello libre, disoluto, contrario a la decencia (buenas costumbres) o al pudor (recato,

castidad). Lo licencioso parece estar siempre opuesto a una postura preponderante: es otra costumbre, otra manera de mirar los lazos del mundo, otro pudor. El No de Sade, nos dice Octavio Paz, es tan grande como el Sí de San Agustín, “en uno y otro no hay lugar para el principio adverso”⁵. La disolución sadiana es universal, no hay lugar para el maniqueísmo. Y tiene razón, porque aunque ambos en su metafísica son dualistas, en ambos su moral es absoluta e intransigente: el disoluto, o el asceta, es un moralista, con una moral otra.

Y ahora lo sé, o enuncio aquello que tal vez siempre supe, lo que buscaba era otra moral, y otra estética, distintas a las más cercanas que he tenido por nacer al final del siglo XX: el sadismo primigenio asimilado, y refinado, y envilecido hasta lo sumo por la literatura *light*, el cine norteamericano y la *pop culture* de lo *dirty*⁶.

Total que lo único que encontré fue una recopilación de varios libros de Saikaku Ihara (1641-1693), que denominaron en español *Historias de Amor entre Samuráis*, publicado por FONTAMARA, y cuyo título original era el mismo que uno de los libros fuente de la recopilación, y que hubiera sido más honesto respetar en la versión castellana: *Danshoku Okagami* (El gran espejo del amor viril). Por el prólogo, firmado por Maggie Childs, La herencia homosexual del Japón, se

⁵ Paz O. Un más allá erótico: Sade, (p.o. 1961). Obras Completas, Tomo 10, FCE (México), 1996

⁶ El idioma de los términos no es fortuito, la lengua es una madre que nos da un mundo al darnos madre.

[Y la Trevi aquí siempre será una excepción, una licencia sobre la licencia, aunque haya dejado de ser *sucia*]

puede uno percatar que el libro fue publicado con intenciones proselitistas, por una causa occidental moderna pro gay, muy alejada del oriente clásico del periodo Edo (1600-1868). Pero el conjunto de historias, pese a ser de calidad irregular, vale por sí mismo. Sin tener que hacer el arduo esfuerzo de poner distancia y tiempo entre San Francisco (1960's) y el Edo (actual Tokio) del siglo XVII, se puede experimentar el desasosiego de enfrentarse no a una cultura extraña o hermética sino a una autosuficiente (Paz *dixit*), cerrada en sí misma, acogedora, sin duda, pero de un paisaje cuyo follaje estético luce perenne, muy enraizada en lo humano, pero que apunta hacia otro lado, que asimila el sol de otra manera.

Y en la sedienta oscuridad del alma, vendrían después los tragos con los nuevos amigos: Yukio Mishima, Yasunari Kawabata y Kenzaburó Oé. Quiero ahora hacer memoria sólo del segundo, de Kawabata, al que han estado ventilando desde hace unas semanas, como para no darle oportunidad al moho- aunque sea sólo por un epígrafe, en una edición de al menos 150 mil ejemplares en pasta rústica, y 25 mil en una edición de colección (pasta dura, numerada, etc.)-, del otro también sediento de vida, y que en su ocaso se ha permitido la puntada de un título como el de *Memoria de mis putas tristes*⁷. El hoy epígrafe gracias a García Márquez es de las primeras líneas de novela de Kawabata *La casa de las bellas durmientes*:

⁷ García, G. Memoria de mis putas tristes. RHM/Diana, 2004, 109 pp.

No debía hacer nada de mal gusto, advirtió al anciano Eguchi la mujer de la posada. No debía poner el dedo en la boca de la muchacha ni intentar nada parecido.

Sin duda, como decenas de escritores que suelen hacer literatura, Gabriel García es otro constructor de mundos autosuficientes. *Cien años de soledad* es la sima de esta posibilidad. Y como sima, hace difícil ver si *Memoria* es un mundo paralelo o independiente de Macondo, un mundo en sí mismo.

He visto críticas diametralmente opuestas sobre la última novela de García; desde la exaltación festiva hasta el lamento lagrimero:

1. "Memoria de mis putas tristes no se aparta ni de los escenarios ni siquiera de la extensión equivalente a El coronel no tiene quien le escriba, otra de sus obras maestras...¿Y qué decir de su estilo? Uno no puede sino admirar la precisión léxica, el tratamiento de orfebre de la expresión. García Márquez sigue siendo, a mi entender, el mejor escritor actual de la lengua española. Habrá quienes le superen en otras facetas del arte, pero no hay palabra que sobre. La precisión con que utiliza el léxico, la modulación de su prosa y sus rasgos chispeantes no tienen parangón. Su prosa sentenciosa y el adjetivo sorprendente son poéticos. No desdeña el barroco y se mece en él con las músicas más dispares, las que escucha, aprecia y aquí menciona...Por otro lado, el montaje del relato no presenta fisuras, los personajes están trazados con fina ironía."⁸

⁸ Marco, J. Memoria de mis putas tristes. En: <http://espanol.agonia.net/index.php/article/93642/>

2."Ya se sabe que, con el tiempo, un porcentaje demasiado alto de artistas destacados se convierten en epígonos de sí mismos. Pero el caso de las putas tristes de GGM es más grave que eso. No es simplemente un libro menor o malo, sino el patético colofón de una trayectoria brillante y, al tiempo, una suerte de espejo retrovisor desde donde toda su obra se ve bajo la chabacana luz que emana de esta novela...Sólo con esto- una trama bochornosa- sería más que suficiente para desautorizar a su autor...Algún incondicional de García Márquez y/o del realismo mágico podría aleccionarme arguyendo que se trata de una fantasía y no de una narración realista. Por su puesto. Pero es una fantasía muy fea...El recurso de la desmesura y la exageración, que con tanta destreza había utilizado el autor, se ha tocado aquí en una chulería infantil y machista. Después de haber logrado la representación de la soledad más duradera, la lluvia más prolongada, el dictador más longevo, el amor más largamente reprimido, García Márquez ha decidido crear el nonagenario más cachondo de la historia universal de la literatura"⁹

Hace mucho tiempo que dejé de creer en la perfección. Ni el hecho artístico ni la crítica literaria son o han podido ser perfectos. Necesariamente toda obra humana es finita. ¿Qué es una obra maestra?, ¿una obra perfecta? Para mí una obra maestra es la que hace un maestro, al que se le reconoce maestría, y que se dice que la obra está a su altura. Nada más. El manejo del lenguaje, su uso o renovación, el

⁹ Mihály Dés. Las tristes putas de GGM. En: www.lateral-ed.es/revista/articulos/120_mihaly.htm

delineamiento de personajes, la credibilidad de la trama, el manejo del tiempo, o la creación de tiempos narrativos, y todo eso, no son mas que elementos que se juzgan a la luz de un sentido que comparten escritor, lector y narración. A mi la obra de García, como la de Kawabata y mis otros amigos, como Morales o Parra, me gusta por motivos personales, por la oscuridad de mi alma, y nada más.

Y mi nada más es un nada menos. No es un finalizar el diálogo, es un iniciarlo. Nada menos; desde mi; que por esto, que por aquello. Y aquí voy, si a alguien le interesa. Porque yo, a diferencia de Borges, si me tomo la literatura muy en serio.

El anciano periodista de *Memoria* vive en un mundo cerrado en sí mismo, en un mundo creado por su memoria; pero no es la memoria de un soliloquio, es la memoria de un diálogo; por lo que su cerrado mundo es un mundo compartido con otros, es la autosuficiencia de los otros, es una memoria que se escribe para ser leída por alguien más,

Escribo esta memoria en lo poco que queda de la biblioteca que fue de mis padres, y cuyos anaqueles están a punto de desplomarse por la paciencia de las polillas.

Una memoria centrada en lo que considera lo interesante de su vida, su vida privada, y que ahora da a conocer, porque lo público, eso sí, según el memorioso, era aburrida,

Alguna vez pensé que aquellas cuentas de camas serían un buen sustento para una relación de las miserias de mi vida extraviada, y el título me cayó del

cielo: Memoria de mis putas tristes. Mi vida pública, en cambio, carecía de interés...

García no ha creado el nonagenario más cachondo de la literatura universal, ha creado el nonagenario lúcido de la miseria que le embarga, la miseria de su oscura alma. No puedo ver a *Memoria* como la autobiografía del agudamente apodado Mustio Collado, es antes que todo una interpretación de su vida.

El año de mis noventa años quise regalarme una noche de amor loco con una adolescente virgen.

Mi querido Mihály Dés tiene razón cuando dice que es terrible que *Memoria* haya sido recibida por la crítica como “un magistral hallazgo, una obra sabia y vital, un proteico himno a la vida, y homenaje gozoso a Eros y a la tercera edad”, puesto que hablamos de un nonagenario que hace de la prostitución de una menor un Idilio.

¡Qué bonito, qué bonito!, repetía con complacencia Ciro Gómez después de haber leído al aire el primer párrafo de *Memoria*. Al siempre tan sensible y políticamente correcto periodista televisivo poca urticaria le causó que fuese una adolescente virgen, pobre, entrampada en una red de corrupción política y social, la Beatriz de esta *linda* historia.

Sí, es una fantasía muy fea si *Memoria de mis putas tristes* fuese la historia de amor entre una niña y un anciano de noventa años, consolidada por los oficios de una Celestina, que en el cine bien podría ser representada por Margarita Isabel.

El anciano nos hace ver hasta el cansancio que le arde el culo, y más en luna llena, que no hay región

del cuerpo que no le duela, y que a pesar de la edad y los achaques mea fenomenalmente, que toda su vida ha pagado por sexo, que en las últimas décadas no coge, pero que tiene un pito grande y efectivo que muchas putas vivas aún recuerdan, que es un erudito literario y que tiene la virtud romántica de la timidez pública. Sí, como fantasía de amor es una fantasía muy fea. Y más si le añadimos el impúdico machismo, porque a la niña la prefiere dormida, sin nombre, mas que el que él le inventa; que prefiere no oír su voz, que la niña es una puta puta porque tal vez ya no es virgen, pero aún así la perdona porque muere de amor, y la compra en exclusividad, con una apuesta, pues la meretriz le asegura que “está lela de amor por ti”.

Una vez, guiado por el recuerdo de unos ojos turbios, me interné en una selva de polvo y papel mohoso en una de esas librerías de viejo de la calle de Donceles. No encontré el placer que buscaba; estuve apunto, pero por falta de arrojo, todo quedó en una simple taquicardia. Pero tuve la fortuna de encontrarme con un pequeño librito de Shunsuke Tsurumi, *Ideología y literatura en el Japón moderno*. En él, Tsurumi habla de un género literario que nació en Japón en los años 20 del siglo XX, como respuesta al excesivo control estatal y a las condiciones socioeconómicas impuestas por la modernización. A un Estado hegemónico, los artistas japoneses responden con la tradición, exaltando la individualidad, puesta ya de manifiesto en los diarios íntimos escritos en el siglo X, con la idea central de que el mundo puede ser mejor

explicado en términos de experiencia personal. En la Novela personal el autor no pretende dar los hechos objetivos de una autobiografía, sino interpretar y contextualizar su propia vida, exponiendo sus sentimientos a la comunidad, y haciendo así partícipes a los otros de sí mismo. Un Estado totalitario controla los medios de producción al estandarizar las necesidades y la ideología de sus miembros. La individualidad estética del Japón tradicional es una resistencia efectiva contra el totalitarismo porque nunca es un individualismo que pulveriza y escinde al individuo.

Las temáticas de la Novela Personal exaltan la soltería, los sentimientos de la vida cotidiana y la identidad cultural. Esto se puede ver en Kawabata, pese a la occidentalización de su escritura. Me parece que así lo vio García, y le emocionó la idea de poder hacer en castellano no un refrito de *La casa*, sino la recreación de esta estética. Sé por mi amigo el nicaragüense Sergio García¹⁰, que insistentemente habla del tema, que Gabo estaba muy interesado en el libro de Kawabata desde el 97. Que cuando se reunieron en Junio de ese año, en un Sanborns que está en Perisur, se la pasó casi todo el desayuno hablando del proyecto y las investigaciones que había hecho para “desentrañar la factura del libro y sus entretelones misteriosos”. Pero dejó de lado la idea para escribir su *Vivir para contarla*. Entre *Memoria* y *La casa* hay semejanzas y muchas diferencias, porque

¹⁰ Ramírez, S. Muchachas Dormidas. En: www.analitica.com/vas/1999.10.2/internacional/08.htm y Fiel memoria de los cuates. En: <http://old.clarin.com/suplementos/cultura/2002/10/19/u-00201.htm>

García no buscaba el camino de Kawabata; buscaba lo que éste buscó. Y como el que busca encuentra, me parece que García lo encontró. Aquí están los motivos personales por los que me gusta *Memoria de mis putas tristes*.

Hacer literatura es aludir a un sentido, al sentido que norma la vida. Ni simbolizar ni metaforizar, sino aludir. La iglesia, el mercado y el estado hacen símbolos y metáforas, pero no literatura. Sólo el arte puede aludir al sentido, y lo hace conjuntando, en un continuo fluido, individualidad y colectividad. Por fuerza de la repetición, es un gastado lugar común que se es universal siendo genuino, siendo genuinamente uno; pero es verdad. Kawabata, García y Morales lo son. Estoy convencido de que lo son. Morales, por ejemplo, en esa bella pieza denominada *Memoria Rencorosa*, arrastra la escritura hasta el fondo de sus recuerdos y la expulsa contaminada de sí, para situarse con la Palabra en una línea, en una trayectoria que es la suya, y la de otros. En su sitio convergen los muchos ecos, los reflejos de los múltiples espejos que configuran la real ilusión que se vive.

Para olvidar por un momento mi aburrida cotidianidad, dice Morales, se allega a una novela, cuyo título nunca menciona, pero que por su trama se reconoce. Los personajes y la trama de la novela se funden con el personaje y con la trama de la vida de Morales, haciendo de su memoria un presente, y de lo estético un saber vivido.

Un boxeador convertido en bolero, una mujer hermosa y un mafioso malvado bastaron para envolverme en

una realidad que al principio creí percibir como ajena, pero que con el paso de los minutos me hizo recuperar un viejo anhelo de revancha, una evocación de odio olvidada pero que esa noche regresó sin tregua¹¹.

No se trata aquí de nalguear afectuosa y lascivamente a las comadres, a la usanza de las nenas del Crack. Destaco con sinceridad lo que considero como irrenunciable: abismarse en el veneno propio.

Yukio Mishima advertía a finales de los 60's de los peligros de la literatura cínica y nihilista, que parecía realizada expresamente para acabar con la moral. Una literatura preñada de "esa extraña presunción, de tener derecho de burlarse del mundo entero"¹². Mishima no pretendía que el arte fuera un ejercicio de aleccionamiento moral; no confundía Ética y Estética. Su idea era la de una estética literaria que empujase al hombre hasta el borde del abismo, dejándolo allí ante sí mismo, ante la real soledad de su ser y su elegir, ante la pobreza y la grandeza de su existencia. El camino a seguir, la decisión a tomar, no pueden ser dados por la literatura. Había que curarse del morbo de la literatura, al escribirla o al leerla. Confío, decía, en que haya alguno capaz por lo menos de escribir una obra no contagiada por el veneno ajeno, sino empapada genuinamente en el propio. Todavía hoy hay que curarse del morbo de la literatura. Cada quien, al escribir, que aluda a su sentido, el lector arribará, bien o mal, al espectáculo de sus resonancias.

¹¹ Morales, P. Memoria rencorosa. El Universal, 17 de Octubre de 2004.

¹² Mishima, Y. Lecciones espirituales para los jóvenes samurai.

No sé a dónde termine mi exploración de las literaturas japonesa y china; sé que seguiré leyendo a García, y a sus críticos; sé que seguiré bebiendo té verde, sentado en el sillón de tonalidades otoñales de mi estudio, frente a la amplia ventana que en estos días permite disolver la mirada en el horizonte que forjan los cerros que rodean al valle; y que pasaré la dulce Navidad con la *La escuela del dolor humano de Sechuán*, de Mario Bellatin, bajo el brazo.

Esperemos al gran Avatar. Mientras llega gustemos una taza de té. La luz de la tarde dora las cañas, las fuentes gorjean deliciosamente y el suspiro de los pinos resuena bajo nuestra marmita. Soñemos con lo efímero y dejémonos arrastrar por la bella locura de las cosas.

Okakura Kazuko.

Corazón en la ventana (Fragmentos de diario)

Enero 07

Para Bella, sensibilidad lúcida.

11/Nov/06

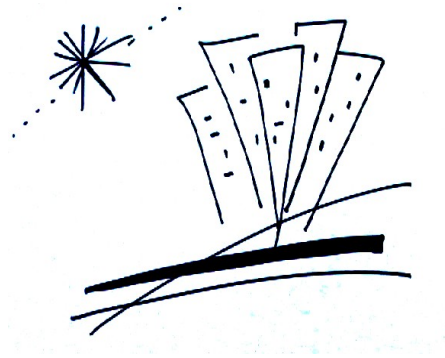
En este momento quisiera decirte cosas feas. Pero mejor escribo. La mezcla de rabia, dolor, soledad, angustia, frustración, fracaso, de ganas de decir, de gritarte lo peor que hay en tu vida me tiene al borde del delirio. Mi pulso se desestabiliza, suben y bajan las pulsaciones por minuto, me falta el aire. Tanto jalar aire desesperadamente no me es suficiente. Y quisiera que el teléfono sonara, y maltratarte. Y no puedo. No puedo deshonorar todos los momentos felices que pasamos juntos. Te llamaría. Te diría por teléfono que terminamos. Que es mejor así. Que te deseo lo mejor. Que vamos a estar bien. Que después nos vemos. Que seguiremos apoyándonos. Pero no puedo llamarte. Borré todas las listas donde aparecía tu número. Rompí todos los papeles, borré todos los archivos, arranqué de las libretas y agendas la sección donde estaba tu nombre y tu teléfono. Quería esperar tu llamada, y después decirte que se acabó. Decírtelo yo. Que yo terminaba contigo. Y para siempre. Y el teléfono no suena. Y yo con estas ganas de decirte cosas feas. Tengo el estómago revuelto, las ideas revueltas, las emociones revueltas, y estas letras revueltas que no han servido para nada. Todavía tengo ganas de decirte cosas feas.

03/Dic/06

Ayer me he comportado como los *come cuando hay*. Tengo la sensación del amargo recuerdo de la vulgaridad. Es haber enseñado el cobre creyendo haber aparentado siempre con éxito ser de oro puro. El recuerdo bochornoso de un mal momento. O dicho con mejor acierto, el sonrojo que nos viene a solas, en la intimidad, cuando caes en la cuenta de que la velada anterior no fue perfecta, que tal vez aquello que se dijo fue inapropiado, indigno de haberse dicho por un espíritu sensible, ecuánime, refinado. Enseñé el cobre y le obligué a fornicar tres veces en una noche. Con amable complacencia, con tierna comprensión fue de la mano conmigo toda esa noche. Pero fue un abuso, un exceso maniaco, que solo en la luz del amanecer sobre la ventana se mostró como posibilidad, y ya para esta tarde nostálgica me parece más que evidente. El corazón que permanece en la ventana, pintado día con día con el polvo que se deposita sobre el surco que dejó tu dedo sobre el vaho de agosto, ya no dice *Te quiero*. Las letras desaparecieron, pero el contorno del corazón sigue allí. Y lo veo desde mi cama, al amanecer y al anochecer, cuando la cantidad de luz es limitada. ¿Desde cuándo no estaba con alguien? Pregunta necia; desde tu partida. Claudio llegó como agua en el desierto a apagar mi sed. Pero he bebido en exceso, *por si no vuelvo a beber*. El cobre de mi corazón

reluce esta tarde como tu corazón sobre la ventana. Y en mis ojos está la mirada de Claudio, reposada, candorosa, juvenil, sincera, vegetal. Creo que algo está cambiando. La huerta fructifica, y los manantiales aún no se secan. Todavía podemos comer y beber pausadamente, al ritmo del sol y las estrellas. Mañana limpiaré la casa, las cortinas y las ventanas.





Códigos Urbanos
www.codigosurbanos.com.mx